



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12315

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 27 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico á su ingreso de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreti, rue Caumartin 61, y J. Tonés, Faubourg-Montmartre, 31.

†
D. O. M.

Solemnes honras fúnebres por el eterno descanso de

S. S. EL PAPA LEON XIII

en la iglesia de Santa María de Gracia el miércoles 29 de Julio de 1903, a las 10 de la mañana.

El Arzobispo, Parrocos y Clero de la ciudad, invitan á todos los fieles y participan á los concurrentes el testimonio de su agradecimiento.

Cartagena 27 de Julio de 1903.

La Maestranza de la Carraca

La situación por que atraviesan los operarios del Arsenal de la Carraca, es verdaderamente insostenible. De pronto se han quedado inactivos, teniendo por presente el hambre y la miseria, y por seguro porvenir la desesperación engendradora del desorden.

Y no es que dudemos de que el Gobierno acudiría al fin en su ayuda, proporcionándoles trabajo; no; es que ese porvenir de la desesperación y la revuelta camina en tren expreso, y los que se dedican á hallarle solución marchan á paso de tortuga. Cuando acudan con ella será tarde tal vez.

Cuando en un pueblo escasea el trabajo y la clase obrera hostigada brutalmente por el hambre busca quien le dé pan, jamás deja de acudir en su ayuda el municipio con la premura necesaria y con la largueza posible, siempre insuficiente; pero como quien hace lo que puede no está obligado á más, los ayuntamientos cumplen con su

deber en casos tales, y ó conjuran desde luego el conflicto ó aplazan sus funestas consecuencias confiando el remedio á la casualidad.

Los obreros del Arsenal de la Carraca se hallan al presente en situación aporradísima. Ellos que creían tener el pan seguro para siempre, se encuentran de improviso sin trabajo y sin pan. No son una decena, que si fueran en tan escaso número, les quedaría el recurso de acudir á sus compañeros. Son muchos centenares y ese registro está cerrado desgraciadamente.

Por ser muchos—mas de mil quinientos, que representan seis mil seres sin pan—los socorros municipales y los de la población de San Fernando son más bien ilusorios que reales. Cualquiera que sea el esfuerzo del municipio ó de la población resultará pequeño por los resultados, si bien grande por el sacrificio.

Cuando la miseria se ceba en tanta gente no hay población que pueda dominarla á menos que no se llame París, Londres, Madrid,

Barcelona. En San Fernando es imposible ni siquiera pensarlo; lo más que puede hacer éste es lo que ha hecho; pedir á los poderes públicos que acudan con trabajo á los obreros que carecen de él.

Después de todo, se pide al gobierno que haga lo que hace cualquier municipio cuando la crisis del trabajo apremia; lo que hacen los alcaldes de Madrid cuando acuden á pedir los obreros una reparación donde ganar el sustento diario. Reciente está la dimisión del alcalde de la villa y Corte fundada en la desconfianza de tener recursos el próximo invierno para dicho fin y recientes están igualmente las declaraciones del ministro de la Gobernación, prometiendo á los que quiere embarcar en la alcaldía que no fallaran.

Obrando de ese modo hace el señor García Alix un acto de prudencia, pues no es cuerdo promover un conflicto de graves consecuencias morales.

Conflicto semejante amenaza en la población de San Fernando, pero en él hay una circunstancia agravante: que lo ha promovido la administración con su informalidad y sus abusos, siendo las víctimas obreros del Estado.

De desear es que ese asunto se solucione con la premura que el caso requiere, pues sería doloroso que por consideraciones de que en otros asuntos se prescinde, se pusiera á los obreros en el caso de tenerlos que aquietar por la fuerza.

TIJERETAZOS

Un colega comprovinciano dice que el programa de festejos de esta población es variadísimo.

Y es mucha verdad. Cohetos, carretillas, truenos, ruedas de todas formas y tamaños, columnas giratorias, el obligado amolador y el interesante ciclista.

—¿Ha visto el colega por ahí otro programa más completo de fuegos de artificio?

—Otra cosa no tiene; pero fuego... En el agua, en la tierra y en el aire.

—Como que se le debiera bautizar con el nombre de Programa de los cuatro elementos ó el fuego posesionado de los otros tres.

Villaverde continúa en que cuando se abran las Cortes y se hable de los cambios, todos los políticos financieros darán su parecer.

—Los que lo son y los que no lo son. Y si lo fueran solo al menos...

—Pero ya verá el presidente cómo lo dan con lata.

Dicen de Ferrol: «Reina gran aboga en este departamento por falta de créditos de Marina»

—¿Cómo hizo el presupuesto el señor duque?

—Debería pedirse el patín para guardarlo como cosa rara.

Dicen de Viena: «Se había asegurado que el príncipe Fernando de Bulgaria se fugó con una familia extranjera, huyendo de una conspiración militar».

—Después se ha desmentido la noticia.»

—Conste que el príncipe Fernando de Bulgaria no ha huido aunque sabe que los oficiales de su ejército conspiran y tiene bien presente, por lo que le disgusta, la suerte que cupo á Alejandro de Serbia.

Al tijeretazo anterior le falta una coleta, que dice de este modo:

«El príncipe Fernando marchó á Coburgo como tiene por costumbre hacer todos los años.»

—Casal vamos creyendo en la huida. No será fuga, pero se ha quitado de enmedio cuando empezó á hablarse de conspiración.

—Clertos son los toros.

DESDE MADRID

Sr. Director de El Eco.

Muy señor mío: No se discute sino lo que es verdaderamente grande, y así, se discute á los hombres cuando estos son figuras de gran relieve, que se destacan briosas con perfiles de luz en las sombras de la vulgaridad. Ha muerto León XIII, y todos los madrileños, probablemente todos los Europeos también, cambian opiniones y sostienen argumentos más ó menos respetables, en pró ó en contra del venerable muerto. Yo reclamo mi indispensable derecho de opinar, y opino, y digo. Hace mucho tiempo que la Iglesia Católica Apostólica Romana, no ha tenido mejor representante en la tierra que lo tuvo en León XIII. Fue un cristiano firmísimo y convencido, y un político extraordinariamente hábil que su pericia diplomática le llevó hasta enviar Nuncios á las naciones protestantes.

Durante su largo papado mostrose afable y cariñoso para todos, y ya al final, cuando la muerte le reclamaba, y el sepulcro abierto aguardaba el cuerpo helado de León XIII, tuvo el Papa palabras de conformidad y resignación, y encomendando su propia alma á Dios, expiró con la plagaría en los labios y la esperanza en el alma...

Vivió como un gran político y ha muerto como un gran cristiano.

Salió para San Sebastián Alfonso XIII, y por imitar costumbre tan higiénica y tan cómoda, muy pronto también, saldrán de Madrid Silvela y Moret con rumbo á Alemania, y para Santander Maura. De éste cuentan que se irá aburrido y desesperanzado, y he oído que los chicos le cantan alegremente por las calles:

Dentro de poco tiempo
se marcha Maura
por no, por desdicho,
fuera de España.

Dicen que está corrido,
que hechas las muelas
vota en paz, pobrecito
(pero no vuelvas!

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

CESARINA DIETRICH

149

guna carta de Cesarina sin darnos noticia de ella á su padre ó á mí.

Para él, Cesarina era la mejor de la casa, y si alguien podía disipar la tempestad que se iba formando en torno nuestro, era él, porque comprendía lo que no se le explicaba y era el único que sabía todos los pasos que daba Cesarina.

A pesar de su fidelidad por ella, fué vencido por mis razones, y tres días después me trajo una carta de Cesarina dirigida al marqués de la Rivonniere rogándome al mismo tiempo, que pidiera su cuenta á Mr. Dietrich.

—Yo no he vendido nunca á mis amos,—añadió,—y vos me habéis obligado á una mala acción; la señorita no tendrá ya confianza en mí, y yo no puedo permanecer en una casa donde me miren con desconfianza.

Yo no sabía que hacer. Aquel hombre tenía razón. Era tarde para contener á Cesarina, y quitarle su agente más fiel era exponerla á mayores imprudencias. Devolví, pues, la carta á Bertrand y aguardé á que Cesarina viese á referirme su contenido, porque era raro que no viniese á pedir consejo después de haber obrado según su capricho.

No vino, y mi ansiedad fué en aumento. Ya no temía yo por mi sobrino, estaba segura de que Cesarina no le había vuelto á ver. Temía por Mr. Dietrich, á

148 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ca á tu padre enfrente de una espada sostenida por un hombre fendido por tí?

Cesarina palideció y arrojándose al cuello de su padre dijo:

—Eso no es verdad; dime que no es verdad ó me muero!

—No, no es verdad,—repuso Mr. Dietrich,—nuestra buena amiga exagera las situaciones. Si Mr. de la Rivonniere se atiene á lo dicho, ha terminado el incidente: si no...

—¿Qué, padre mío?... habla; mira que me vuelves loco!

—Tranquízate, hija mía; yo soy joven aun y en materias de honor un hombre vale tanto como otro. Yo haría mal en quejarme de tu conducta cuando no he sabido imponer mi autoridad para guiarte á la prudencia; fuerza es aceptar hoy las consecuencias de mi condescendencia contigo y las acepto.

Desprendiose dulcemente de los brazos de su hija y salió.

Cesarina quedó verdaderamente anegada en llanto, jurando una y mil veces que no volvería á salir sola para no exponer á su padre á responder de sus escariedades.

Cumplió en efecto su palabra durante unos días. Hablé á Bertrand, advirtiéndole que no llevase nin-

CESARINA DIETRICH

145

El marqués se presentó con naturalidad, con la misma cortesía que si se hubiera marchado la víspera en las mejores relaciones del mundo.

Mr. Dietrich estrachó su mano, como siempre, pero observándole fijamente, Cesarina, que se había ya cansado de veras de sus homenajes, le dijo, con tono de marcada frialdad.

—¿No esperaba volveros á ver!

—No me había desterrado á perpetuidad, respondió con una ironía semejante á la que había sorprendido á Bertrand, dándome cuenta de ella.

—No habéis sido desterrado de aquí,—repuso Cesarina.—Puede que yo os haya manifestado mi disgusto al observar en vos alguna demostración ofensiva para mi decoro; pero con los amigos antiguos es fuerza ser indulgente, y yo no os hubiera desterrado. Vos habéis desaparecido; no es la primera vez que esto sucede, pero en otras ocasiones os habéis tomado el trabajo de motivar vuestra ausencia, lo cual es